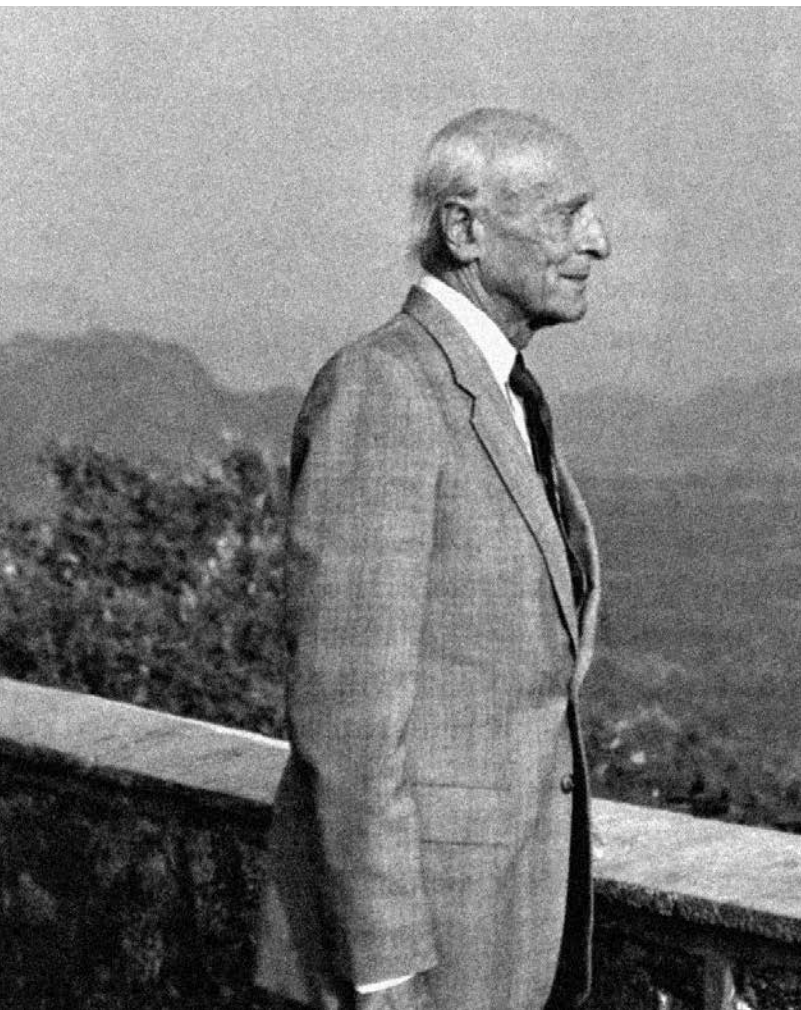


Vástago de sabios medievales¹

José Luis Martínez



HACE YA MEDIO SIGLO, ISIDRO FABELA conoció en Ginebra a un joven milanés, Gutierre Tibón, y logró persuadirlo de que viniera a México para realizar aquí los estudios históricos y filológicos que proyectaba; Gutierre llegó con un singular prestigio. Gracias a sus ideas y a sus diseños, el mundo se libró de aquellas bromosas máquinas de escribir de los primeros tiempos, y los industriales suizos comenzaron a producir las portátiles *Hermes Bady*. He tenido en mis manos una de estas máquinas, quizá su arquetipo, que conserva su creador, y cuyas regalías le permitieron vivir con desahogo en sus primeros años en México. Nada más apropiado que quien había contribuido a aligerar la escritura viviera de ello para seguir escribiendo.

No logro precisar cuándo lo conocí y comenzamos a ser amigos. Aunque allá por los años cincuenta compartimos la pequeña de Euclides, Max Aub, los Tibón y mi familia. Para entonces ya tenía noticias de él por sus artículos, llamados “Gog y Magog”, del periódico *Excelsior*, en los que aparecían tantos temas interesantes. El hecho es que los encuen-

tros personales con Gutierre o con sus escritos siempre me enseñaron algo inesperado, una nueva visión de múltiples temas, a la vez sabia y sonriente.

He aquí una muestra. En un artículo de 1971, sobre “Cadmo y un poema de Octavio Paz”, Gutierre Tibón nos reveló ricas alusiones implícitas en el poema “Virgen” de nuestro poeta, en el cual subyace el mito de Cadmo, quien había creado el alfabeto griego mediante la siembra de los dientes del dragón derrotado, mito mezclado con

¹ Discurso pronunciado en la entrega del Premio Internacional Alfonso Reyes, México, 22 de julio de 1988.

otros griegos y mexicanos. ¿Hasta dónde fue adivinación y hasta dónde recreación consciente de mitologías lo que hizo Paz en este luminoso poema de 1944?

De revelaciones tan penetrantes como las que acabo de abreviar están llenos los libros de Gutierre Tibón. En la *Historia del nombre y de la fundación de México* (1975), rastrea setenta versiones del significado esotérico y literal del nombre de nuestro país. Y en sus dos sugestivos estudios sobre *El ombligo como centro cósmico y como centro erótico* (1984), en *La tríade prenatal* (1981) y en *Los trece cielos y Las trece aventuras del cuerpo humano* (inédito como libro, se publicó en *Excelsior*, de septiembre a diciembre de 1974), hay interpretaciones muy agudas de ideas de la cultura universal o de antiguos mexicanos acerca de estos temas.

En otros campos Gutierre Tibón ha realizado sapientes y amenas investigaciones sobre el origen histórico y las transformaciones de nuestros nombres y apellidos, así como en las huellas de México que ha encontrado en los extremos del mundo. La intención de los estudios mencionados en segundo lugar fue, según dice su autor, “demostrar que a través del lazo imponderable de los apellidos comunes, los hispanohablantes formamos una sola, gran familia, con las consecutivas culturales, políticas y económicas que dimanan de esta unidad onomástica”.

Ya sea por sus estudios antropológicos, filológicos o relatos y observaciones de viajes, la peculiaridad de Gutierre Tibón es la versatilidad, y algo como el paladeo sensual de sus temas, que lo apartan de la rigidez técnica para ganar levedad y humor. No siempre comparto las

exégesis esotéricas, a las que él suele aficionarse, pero siempre disfruto el revoloteo de su inteligencia y la riqueza casi infinita de sus lenguas y saberes.

Aún más que sus escritos, si esto es posible, es encantador el trato con su persona. Recibir sus regalos, conmovedores por su delicadeza e imaginación. Comer en su casa de Cuernavaca raros hongos, guisos de flores y buenas pastas de su primera tierra es sorprendente. Visitar su biblioteca, su colección arqueológica, los tesoros impresos y, de lejos, esa *Enciclopedia de las enciclopedias*, que nunca me di tiempo de averiguar en qué consiste, y sigue siendo un misterio para mí; verlo nadar y hacer el loto, a sus juveniles tantos años, y sobre todo conversar con él para escuchar cómo todo lo aclara, con esa sonrisa que parece inherente a su naturaleza, son fiestas que añoro.

Cuando le di mi *Mundo antiguo*, Gutierre encontró que incluía una carta de Maimónides, del año 1198, dirigida a su traductor hebreo y amigo Samuel Abentiffón, y me dijo jubiloso que éste era su antepasado. En efecto, es “vástago de una familia de sabios medievales de España, los Tibónidas de Granada”. Con razón.

Porque este sabio sonriente, de estirpe de sabios, ha estudiado con amor tantas cosas del mundo y de México, sobre todo del pasado y el presente indígenas; y porque Alfonso Reyes lo llamó “incansable y delicioso buceador”, y tiene en común con nuestro humanista la curiosidad intelectual nunca saciada y el gusto por la ligereza informal en homenaje a la obra y a los años de Gutierre Tibón, le ha sido discernido el Premio Internacional Alfonso Reyes, correspondiente a 1987. 